



«MY SECRET LIFE»

CAPITULO 12

—¿Mariquita yo?... Oh, ramera. ¡Y verás lo que es bueno!...

El conde de Tierra Medina miraba enfurecido las nalgas de su mujer. El conde portaba, por todo vestuario, unos calcetines verdes y una peineta de concha. Antes, había bailado una jota castellana a los compases de un tambor y una dulzaina diestramente manejados por el ayuda de cámara y el mozo de comedor. El servicio conocía bien las extravagancias del amo y se prestaba con indiferencia a aquellos festivos erótico-folklóricos en los cuales el conde se ponía los calcetines verdes y la peineta, cenaba su cordero, se bebía la ruta —entera— de los vinos de Castilla y se bailaba luego un par de jotas antes de golpear a su esposa. Pero, esta noche estaba yo —Adriano di Tola— y no le iba a resultar fácil coronar la noche con una de aquellas monstruosas palizas.

—Reportaos, conde. Nadie os ha llamado mariquita.

—¿Que no?... ¡Oh, Adriano, cuán ingenuo sois!... Lo lleva en la mirada; ahí, en el fondo de esas dos pupilas hay una voz que me grita: «¡Mariquita, mariquita. Lo que se da no se quita; si no, el diablo te visita!...». ¡Lo oigo, Adriano! ¡Lo estoy escuchando!... Mi esposa me acusa de bujarrón sólo porque me peino en tirabuzones de oro y me pongo peinetas para bailar!... ¡Mira cómo me da la espalda!... ¿Es que no es bastante con esta prueba?

Me levanté y fui hacia él con una tierna sonrisa a flor de labios. Tomé —o, por mejor decir: arrebaté— la dulzaina de las manos del mozo de comedor y golpeé con saña las nalgas del conde. Gonzalo de Frías y García-Luis de Rodilana desató la histeria y un allegro de quejidos, de risas y llantos desesperados fue rebotando en las bóvedas de palacio acompañado del redoblar del tambor que el impertérrito ayuda de cámara tan diestramente manejaba. La condesa gritaba: «¡Animo, Adriano! ¡Sigue, sigue, sigue!... ¡Ay, la jota, mozos! ¡Ay, la jota! ¡Qué bonito es mi marido! ¡Qué bonito cuando viene con su peineta de concha y sus calcetines verdes!...». Gonzalo de Frías y García-Luis de Rodilana fue desmadrando sus noventa kilos de sebo sobre las losas del suelo. Llegué hasta la condesa y rodeé sus hombros con mi brazo diestro. «¿Y ahora?». Pregunté. Doña Eloísa, condesa de Tierra Medina, echó la voz al pecho para contestar: «¡Seré vuestra ante las miradas de ese payayo!...». «¿Sentís mis ojos, condesa?». «¡Os siento del todo, Adriano!». «Pues, soltad la panoja antes de que se me pase el fuego, excelencia...». La solté. Mi madre podría continuar en el sanatorio. (NO es que esté enferma. Es que la gusta vivir allí para reírse de los enfermos.)

ADRIANO DI TOLA

(Continuará)

